

Andrea

Defensas autistas ante el pánico psicótico*

*Cristina M. de Bagattini***

Resumen

En este trabajo abordamos el tema de la clínica en psicoanálisis de niños. Tratamos de mostrar nuestra tarea en las vicisitudes del encuentro con una niña pequeña. La “locura” de Andrea nos permitió introducirnos en el mundo intrasmisible de los fenómenos contratransferenciales.

Su retirada al autismo como defensa, muralla protectora ante el pánico paranoico y su posterior salida, hizo que nos planteáramos algunos aspectos psicopatológicos que nunca podrán ser aclarados definitivamente.

Algunos autores nos han ayudado a hacerlo, entre ellas resaltaremos: Bion, Meltzer, Luis E. Prego y sus referencias a Winnicott.

Apenas nos hemos acercado en este trabajo a los aspectos familiares que creemos son sumamente importantes y que pensamos desarrollar en un trabajo posterior.

Finalmente, como siempre, ha quedado sin final el incomprensible descubrimiento del inconsciente y la “locura”.

* Este trabajo se discutió en la Asociación Psicoanalítica el 16 de noviembre de 1990.

** Navarra 1941, C.P. 11600. Montevideo

Summary

In this paper we approach the subject of clinical practice in child analysis. We attempt to show our work through the vicissitudes in the encounter with a small girl. Andrea's "madness" allowed us to introduce ourselves in the incommunicable world of countertransference phenomena.

Her withdrawal into autism used as a defense, a protecting wall in the face of paranoid panic, and her later exit made us raise some psychopathological issues which will never be definitely clarified.

Some authors have aided us in this task, Bion, Meltzer, Luis E. Prego and his references to Winnicott, among others.

In the paper we have but barely managed to touch some family aspects we think are of central import, and hope to develop them in a later presentation.

Finally, and as always, the incomprehensible discovery of the unconscious and "madness" has been left without an ending.

Introducción

El motivo de esta comunicación es pensar teóricamente sobre la locura de una niña pequeña, Andrea, y su increíble evolución. Narrar una experiencia. en donde, sumergida-a en esa locura, sólo mucho tiempo después pude empezar a pensar, en este pensar por escrito: ¿cómo transmitir lo sucedido?

Era una tarea muy difícil.

Digo pensar por escrito porque, concomitantemente a mi trabajo con Andrea, yo estaba de alguna manera también pensando en ella integraba.

un grupo de estudio con Carlos Mendilaharsu en el que comenté esta sesión, formo parte de un equipo multidisciplinario coordinado por Luis E. Prego Silva donde también comenté esta experiencia, integro también un grupo coordinado por Mirta Casas que, aunque no llevé este material, todos me han enriquecido fructíficamente y, además, me encontraba armando el libro de Psicosis. La tapa de ese libro es un dibujo de Andrea.

Hoy, felizmente, los dibujos de Andrea no podrían estar en ese libro.

El cocodrilo, la locura y el pánico de dos

Agosto 1989

Andrea entra un día. a. su sesión de análisis conmigo, luego que la madre me dice: “Se está despertando de noche, murmura y se ríe sola, no duerme, la risa sin motivo también está en el día”. “Casi no habla”.

Cuando entramos toma la caja., se sienta a mi lado y empieza a rayar una. hoja. Le digo, luego de repetir las palabras de la madre (que ella escuchó):

- Y la risa, qué te hará reír Andrea.?

Me contesta.

- *Kisifur*

- Kisifur? Pienso en un neologismo -a veces usados por Andrea.. (Luego me enteraré que son dibujitos animados).

- *Es de ositos y cocodrilos, no sabés? Hacémela* Me extiende material. (Le dibujo un osito y “una especie de bicho con dientes”).

Andrea lo mira., me mira, y empieza a gritar, en estado de angustia, de pánico. Su rostro es de terror.

- *No nena! no! no nena! estúpida, tarada, puf! puf!*

Saliva por su boca. Escupe. Vuelan los objetos de la caja de juego. Grita con gritos guturales que no puedo transmitir. Se tira, pateo al aire, y sacude sus brazos en defensa de enemigos que yo no puedo ver, pero que sé que están. Su rostro “es la locura”.

Yo siento un miedo sin nombre -que es de ella, y que es mío-, me erizo y tengo frío. No puedo pensar.

¿Ir a buscar a la madre? No sé qué hacer.

Mientras tanto, yo hacía: taché el cocodrilo, sin resultado. Rompí la hoja a. la que arrojé por la ventana, sin resultado. Y hablaba, creo, de lo que recurriendo a nuestras incorporadas teorías debo haber dicho. Lo sentía todo fuera de lugar. El “como si” se había perdido. El cocodrilo estaba ahí, en mí o fuera de mí -con nosotras o dentro de nosotras-, devorándola a ella, devorándome a mí.

Me muestra o muestra (porque siento que ya no me ve) sus dientes, como un perro rabioso. Le sale espuma, la saliva corre al costado de su boca, sus ojos están y yo los veo así, transparentes de tan claros, vacíos hacia afuera, como sí sólo viera lo que yo no puedo ver. Me atraviesan. No estoy ahí. Siguen sus gritos.

El hablar, mis palabras, sólo habían aumentado su terror y el mío. Ella continúa así, yo empiezo a poder pensar y lo primero que viene a mi mente es la representación de la protagonista de un film diabólico “El exorcista”.

Me sigo sintiendo muy, muy mal, físicamente. Me callo. Trato de serenarme

internamente. Veo (también empiezo a ver) sus piecitos descalzos (habían, en ese arrancarse cosas, volado las medias, los zapatos).

Me digo: no es el diablo, no veo su carita trastornada sino unos pies chiquitos de niña pequeña y desvalida.

¿Me reubico? Lo demoníaco la había invadido. Nos había invadido. Me acerco (lo había intentado antes, quién sabe cómo, y ella. extendía. los brazos alejándome, escupiendo y gritando: Puff! Puff! Puff!).

Esta vez me acerco lenta, muy lentamente y por el piso, casi reptando. Llega mi mano a su pie. La toco, le acaricio un pie, luego los dos muy lentamente. No tengo miedo.

Creo que le dijo algo: Cristina está acá.

No lo sé. No sé si se lo dijo a ella o alguna vez, alguna noche, a otro niño asustado. Sentí, y lo pensé después, que ella me necesitaba, a mí, sin su miedo hecho carne en mí, a su lado.

Se fue calmando. Estaba empapada, yo también. Queda inmóvil, la veo *como* extenuada. Quedamos las dos un rato en silencio, las dos en el piso.

Le pongo las medicinas y los zapatos. Todo en cámara lenta.

Es cuando me doy cuenta que aún tengo miedo. Me veo moviéndome en silencio en el cuarto de un bebé que duerme, luego de haber llorado mucho, para no despertarlo.

Voy guardando dentro de la caja los objetos que están tirados por todos lados. Siento que son realmente pedacitos de Andrea misma. Junto hasta el último papelito.

No sé si me está viendo. No se mueve. Dejo la tapa de la caja abierta. Me siento en mi silla, la miro y ante mi asombro dice:

- *Terminamos. Me quiero ir.*

Cuando salimos, la madre está leyendo en sala de espera. *No* escuchó *nada*. Otra mamá nos mira con cara de asombro y susto. En realidad, creo que se había oído a una cuadra de distancia.

Yo había quedado agotada. Pensé: ¿serán éstas las “crisis de rabia”, “los berrinches” que la madre de Andrea me había descrito como quien describe una rabieta infantil?

Tengo mucha rabia con la madre que nada escuchó. Confirmando que es como si nunca la hubiera oído. Imagino a Andrea llorando en la noche sin que nadie la oyera. Luego de esta sesión Andrea dejará totalmente la frágil comunicación coherente que tenía conmigo. Deja totalmente de hablarme. Su aspecto es de locura.

Andrea entra a las sesiones y yo estoy con ella, acompañándola, en sus rayas,

repetitivas, reiteradas. Sé que quiero entender algo. No habla.

Lentamente las rayas se van convirtiendo en especie de celdas, panales, laberintos. Seguirá sin hablar o hablando con neologismos y/o incoherencias durante algunos meses.

En una entrevista con la madre (el padre estaba de viaje) trato de entender con ella qué será lo que impidió oír a Andrea. Pero salgo con la sensación que mi rabia con esta madre, de la cual, además, me siento exigida y acusada “porque Andrea no mejora”, se ha filtrado en esta entrevista. Lejos de libidinizar a la madre para que pueda como decía M. Mannoni, sostener a su hijo psicótico, yo la enfrentaba a la angustia de su carencia - angustia de la que ella permanecía ajena y volvía a sentir yo.

Se encerraba igual que Andrea y la veía ajena, distante, defendida. Decía “No me gusta hablar de mí, acá yo vengo por mí hija”. Pensé en Andrea., tan linda y tan enferma, sucia a veces, mal arreglada. Pensé en que ni siquiera era una madre “insuficientemente buena”. Me dio pena.

También aquí me trato de re-ubicar en mi lugar de analista. Con una identificación masiva con Andrea yo buscaba obtener una madre, que saliera de dentro de un lugar en que no había nada o que había que construir, no descubrir.

La sentía una fruta seca y me volvió a dar pena. Ni siquiera podía llorar, mostrar su angustia. Tampoco me atacaba realmente. Era como ajena, inamovible. Como sí esto no tuviera que ver con ella.

Pena sí, pero también impotencia. ¿Qué iba a hacer yo?

No me sentía capaz de poder con las dos. Seguir la sólo con Andrea, con la condición de que ella tuviera entrevistas con otro técnico. Me dijo que lo iba a pensar.

Al poco tiempo me llamará por teléfono y me dirá: “Me sentí muy mal con usted, pero me di cuenta que yo hago lo que ustedes dijeron que hiciera con Andrea (Jugad pero no estoy con ella”.

Las “circunstancias” llevan a que tendré, durante un tiempo -el tiempo del silencio de Andrea y de la madre- que trabajar con ambas juntas en la sesión.

Un día, al mes de esta sesión, trayendo a Andrea., chocan el auto en que venían. No sucede nada, pero Andrea no querrá entrar sola por un largo período. No acepta separarse de la madre y en algunas sesiones entrará con el padre.

La historia de Andrea

Las consideraciones de Luis E. Prego

Consultan por primera vez en enero de 1989 con Luis E. Prego. Andrea tiene 5 años.

Transcribiré fragmentos de lo anotado por él en esa primera entrevista pues considero de enorme valor los pensamientos con los que acompañaba la descripción semiológica:

“Andrea es una niña de desarrollo adecuado a su edad, cuando la vi al entrar al consultorio, me llamó la atención la sensación de ausencia. que transmite. *No sentía que recibía a una niña.*

Tenía, pendiente de una de sus manos, un Topo Gigio. Le hablé del muñeco, le dije que seguramente se iba a encontrar con otros que habla en una caja que había puesto para ella, pero no hubo ninguna respuesta. Quedó parada, Inmóvil, sin tocar nada, sin dirigirse a nada Al cabo de unos minutos se sentó en el diván, miró de reojo el contenido de la caja que yo le estaba mostrando pero siguió en la misma actitud.

Luego, cuando me senté para iniciar la entrevista con los padres, Andrea sacó de la caja un caballito, dos cubos y un muñequito y los dejó Junto a la caja. Se fue entonces hacia la madre, se le sentó en la falda y permaneció indiferente casi todo el tiempo.

Cuando ya hablan transcurrido unos treinta minutos, le acerqué la mesa con la caja y le dije que quizá se los quema mostrar a su mamá y a su muñeco. Dudó unos instantes pero finalmente se bajó y empezó a sacar y a ordenar muñecos, uno detrás de otro. Lo mismo hizo con otros contenidos de la caja.”

En otro momento anota:

“Se me habla de su *afición por un conejo de peluche*, del que no se desprendía. Para que lo dejara, le compraron un muñeco de tela, pero no se interesó por él. No se sabe cómo se perdió el conejo entonces pasó a un osito.

Nos están describiendo un objeto transicional. Sin embargo, cabe preguntarse si realmente estos objetos reúnen las propiedades de un objeto transicional porque no hay un uso propiamente dicho de los mismos sino *un estar con ellos* y entonces me pregunto si no estamos ante un aspecto patológico de los mismos ya que adquirirían el significado de un objeto acompañante o de *un objeto fetiche*. Digo esto porque durante el tiempo en que se me estaba hablando de esto, la niña estaba sentada *blandamente* en la falda de la madre (no particularmente *con* la madre sino en sí misma, con una expresión de ausencia o de desconexión con el ambiente, con la mirada vaga y con un Topo Gigio suelto sobre sus piernas con el que no jugó ni se conectó en ningún momento).”

Pregó concluye en esa entrevista con:

“No hay una ruptura con la realidad, pero sí un modo muy particular de relacionarse con la misma, hay elementos que nos acercan y otros que nos alejan del pensar en

psicosis.”

Agrega: “Tengo el sentimiento de que lo que estamos viendo son alteraciones del proceso de su desarrollo psíquico que puede merecer la denominación de “*lo psicótico*”.

Hubo un sentimiento de mi parte de que podía mejorar la comunicación con ella y eso tiene valor para mí.”

También tiene valor para todos los que hemos trabajado cerca de Prego.

Mi encuentro con los padres

Yo la veo por primera vez a los tres días, pero antes de comunicarles mis primeros contactos con la *niña* transcribiré lo más significativo de la entrevista con los padres y aquello que en la historia de Andrea sea relevante, alternando ambas cosas aunque sea algo confuso.

- Andrea es la menor de tres hermanas: una de 12 y otra de 8 años. Viven juntos los padres y las tres hijas.

Relatan los padres:

- “No *tiene juego compartido* ni en el hogar ni fuera del hogar”. “Juega en presencia de otros, no con otros. Puede jugar conmigo porque la sigo, pero no con la hermana u otros niños”. “*Creemos que siempre fue así*”.

El padre dice:

“*Pésimo carácter*” Si se ataca el campo de interés de ella le dan rabietas. Llora y grita y *dice cosas ininteligibles*, puede durarle mucho. *Se golpeaba la cabeza contra la pared* No se golpea más, pero grita ah! ah! y no dice lo que le pasa. Lo retomó en este último tiempo.”

- “Si se pone video ella queda radiada y empieza escenas que “*te pica*” -y se tira al piso y *se empieza a rascar*. Empezó con partidos de fútbol. A veces en el auto, *que le picaba la música y había que apagarla*. Grita: “me pica, me pica”.»

En ese momento me llama la atención la indiferencia aparente con que relatan hechos tan graves y lo tardío de la consulta habiendo alteraciones tan precoces que parecen haber estado “desde siempre”.

- *El murmurar*. Comenzó en diciembre, lo describen como un permanente farfalleo ininteligible. Es importante cómo la madre relata el inicio de este síntoma. Como respuesta a mi pregunta de si algo sucedió responde:

“Andrea prefiere mirar TV; pienso que mira mucha TV. Extrañó mucho la semana que no tuvimos la TV. Me dijo que extrañaba los dibujitos. Fuimos al Parque de

Vacaciones de UTE. Yo con las hermanas y ella. Ahí empieza a *murmurar*. Peor que esa semana nunca más. *Yo me pasé leyendo* (como si también se hubiera. anulado), *a lo mejor ella hizo lo mismo, como no tenía un libro ni TV; entonces murmuraba (!!!).*”

Ahora cuando se la saca del murmullo dice cosas ininteligibles.

- *¿Qué pasó con Andrea al nacer?* Embarazo normal, nace por cesárea por una pre-diabetes maternal.

El padre dice: “vos tuviste crisis angustia severa, ¿te acordás? Echaste a todos. Luego de los partos se deprime: en el primero le duró un mes y medio, en el de Andrea una semana. *En este parto no hubo tanto rechazo porque no te mordía como la otra.* ¿Te acordás? Vos llorabas mucho.”

Madre: “Lo único que recuerdo que cuando íbamos a otra casa *ella, Andrea, lloraba mucho*, no le gustaba otra casa, nada de brazos, sólo el lugar de ella.”

Padre: “Eso no fue, cambió luego de *la muerte de mi padre.*”

La madre no puede hablar de su depresión y salta al registro *del llanto de Andrea*, que el *padre niega* y asocia con el registro de *su propio dolor*: la pérdida de su padre.

Como antecedentes patológicos me relatan un cuadro respiratorio a los seis meses y a los dos años toma. ‘desenfriol’ y se la interna con *lavado gástrico*. “Fue muy feo” comenta la madre.

- También se refieren a los *espasmos de sollozo* que fueron frecuentes y que los tuvo entre el año y los tres años.

Se le hicieron múltiples electroencefalogramas. Pregunto el por qué.

Madre: “era por *los berrinches* lloraba, dije: No le voy a hacer caso, la dejaba y cuando volvía tenía espasmos de sollozo; hasta hace poco le tuve que golpear la cara porque no arrancaba con el llanto”.

En ese momento me siento angustiada.

Pienso: la locura y lo orgánico, y muy cerca algo de muerte que no logro entender. El golpe que hace llorar, saca “lo violeta”, vuelve a la vida, pero ¿de qué forma? El abandono da la crisis: “La dejaba sola”. La pérdida del objeto es muerte para Andrea y es a través de la agresión materna que vuelve a la “vida”: “le golpeaba la cara porque no arrancaba con el llanto”. ¿Vuelve a qué vida? Objeto que da vida - Objeto que da muerte (pastillas de desenfriol -lavado de estómago)

Cuando quise rastrear la cronología de sus conductas, el padre se refirió al año 1986 como un período tremendo y me dicen:

Sucedieron muchas cosas: descubrieron que la empleada que tenían le pegaba. Sus hermanas tuvieron meningitis. El abuelo paterno, que visitaba asiduamente la casa y con

el cual las niñas tenían muy buena relación, hizo un cuadro de paro respiratorio, estuvo grave y durante casi dos meses el padre de Andrea desapareció para cuidarlo. Más tarde, tuvo una nueva crisis y *Andrea la presencié y presencié su muerte*. A los diez días muere el abuelo materno.

De enero a noviembre se sucedieron todos estos cuadros.

- Madre: “De repente no demostrábamos las cosas como se debe. No actuamos ante la desgracia como otros, la sufrimos pero... Y el *murmurar* y el aislarse comenzó en diciembre. Bueno... el murmurar”

El padre culmina la entrevista diciendo: “Es igual a mí padre, *generación de guerra*. Si uno no le prestaba atención se sentía *herido de muerte*. Es igual en los modales excelentes, muy ordenada. Parece algo genético, es prusiana en su carácter, su vaso, sus cubiertos si no está el vaso de ella arma escándalo, quiere sus cosas. No acepta que no se le tome en cuenta. Si algo no se le compra es una afrenta personal”.

Describir las vicisitudes contratransferenciales de una entrevista con padres es una tarea ardua y difícil. Uno puede hablar de “Los padres” o “del padre” y de “la madre” por separado.

Cuando realizamos nuestra tarea como analistas de niños hay, sin duda alguna, procesos identificatorios con el niño que vamos a asistir que nos impiden ubicarnos correctamente con los padres. Siempre he creído que es preferible que el trabajo con los padres se haga conjuntamente con otro técnico que los tome a ellos en tratamiento para evitar los problemas de identificaciones, transferencias y contratransferencias cruzadas y múltiples. Esto es discutible, por cierto, si se realiza un enfoque familiar que no es lo que estoy planteando.

Los padres necesitan tener *un lugar* donde ser escuchados, asistidos, entendidos y, pienso, muchas veces el lugar más adecuado no es aquél en que su hijo está luchando, y su analista también, por encontrar el suyo.

Con “estos padres” sentí que era difícil desatar, por motivos que desconocía en ese momento de la propia historia de ambos (que no tomaré en este trabajo), los mecanismos defensivos de negación, proyección, etc.

El ver estos mecanismos no dejaba, por cierto, de angustiarme. ¿Por qué no consultaron antes? ¿Por qué tanta frialdad? Ellos explicaban: “De repente no demostrábamos las cosas *como se debe...*”.

Todo esto y la referencia a lo orgánico, a lo genético, hacían que yo viera difícil el tratamiento de Andrea.

Mi encuentro con Andrea

Es importante aclarar que este primer encuentro fue, sobre todo, con un objetivo diagnóstico.

Es una niña rubia, muy bonita, de ojos celestes. Cuando la vi en ese momento, ya en sala de espera, no sabría muy bien en ese momento decir por qué, al mirarla tuve la sensación de estar ante alguien “*extraño*”. Acepta entrar sola.

- ¿Sabes por qué estás aquí?

- *Hace mucho calor. Me tomé un jugo.* (Le explico para qué estamos Juntas).

- *Resulta que yo me la tengo que agarrar.*

- Que agarrar

- *Otros hay ahí, las sillas hacen ronda de sillas.* (Se pone a murmurar).

Trato de establecer un diálogo y le pregunto por amiguitas.

- *Adriana es amiga de Gaby. Otto.* (murmura y queda aislada nuevamente).

Como obtuve una respuesta le hablo de juegos y dice:

- *La piscina... antes entrábamos empujando a la casita, tiene pata rota* (sigue murmurando, mira a otros lados, se aísla).

- ¿Con quién hablas Andrea?

- *Antes estaba jugando con el profesor, a la mesa haciendo edificio pero ahí no había Gaby, Deby y yo Andrea, Herman y Otto.*

Siguen cosas incoherentes. Algunas palabras logro entender de lo que murmura.

- *A los que rompen edificio le mandan cuarto oscuro ... Topo Gigio de verdad, Topo Gigio mojado.* (Sonríe y tiene mirada vivaz. Le bromeo que cuando ella murmura yo no la oigo (ríe) pero parece que “Juega en su pensamiento” y le nombro los nombres que ella me dio).

Le pido un dibujo (dibujo N° 1). Dirá de él:

- *Mamá. Así, una cabeza ... das cabezas ... que me salió a bien a todo? Una cantidad de “A” una parada y acostada.*

- ¿No era una cabeza?

- *No, pero ahora parada y acostada.* (Sigue en un diálogo interno, acomoda lápices y permanentemente murmura. Le pido dibuje una persona).

Dibuja (mientras tanto sigue su “murmurar” inaudible).

Escucho:

- *Yo las personas las dibujo de todos colores. Las personas las hago* (parece como si se hablara a sí misma, por momentos me pareció que describe murmurando sus propias acciones).

Pinta el pelo de verde y sigue acomodando lápices (Dibujo N° 2).

Le doy la caja con juguetes.

Pone cara vivaz, me mira por un instante.

- *Mirá el espejo de ella.*

- ¿De quién?

- *De las barbies.* (Toma muñecas, las desviste, toma un bebito, le mira la zona de los genitales a las muñecas).

Examina una muñeca que está con una pierna floja. Le digo:

- Te llama la atención la pierna.

- Si, se le cayó la pierna.

De repente se para. Se pone como estatua y me dice:

- *Mirá* (me hace acordar el juego de las estatuas) *que yo me sé quedar parada dura.*

- A ti no se te cayó la pierna como a la muñeca.

- *No, es mostrarte cómo yo me sé parar sin moverme* (trato de jugar con ella, imitándola, y sonrío. Siento que he establecido una comunicación).

- *A este auto no se pueden subir niñas, son chicos. Traje la ropa y después galletitas. Había unas pastillas y unos chupetines*

Sigue murmurando y deambula. Yo parezco no existir en ese momento.

Escribo:

Desespera y crea una gran ansiedad el contacto con esta niña ya que por momentos uno siente que se va a establecer una comunicación (sonrío, a veces responde) pero es muy frágil, se rompe y uno queda sobre todo con el sentimiento de no *entender* qué es lo que está pasando con Andrea que se sumerge en un mundo propio. Se tiene la misma sensación que cuando algo muy frágil se resbala de nuestras manos y no podemos evitarlo.

En una segunda entrevista que realizo a los dos días logro jugar con Andrea a un juego traído por ella: *Cenicienta* en donde alterno con ella ser madrastra, príncipe, predominando los conflictos madrastra mala y cenicienta.

Poco a poco el juego se hace incoherente, aparecen otros personajes, pone nombre a unos muñecos 'Simón y Simona.' que seguirán hasta ahora en su caja de juegos. Usa neologismos y una de las muñecas se llamará Senujadin.

Es el mes de enero, casi terminando. Me voy de vacaciones. ¿Qué va a pasar con Andrea? Tengo una entrevista con los padres y se les indica *jueguen* con la niña sin ser *intrusos* pero tratando de entrar en su *mundo* y hacerla *salir*. Entienden la disociación de

Andrea y el frágil lazo que tiene y que puede romper con la realidad. Nos veremos en marzo del 89 y comenzaremos el tratamiento de Andrea.

El murmurar de Andrea

Andrea, que ya arrastraba una historia de síntomas bizarros de larga data (picazón con la música, crisis de rabia con autoagresión, rasgos obsesivos, aislamiento, desconexión), comienza su *murmurar inaudible* en un momento en que la madre claramente “*la deja sola*” sumergiéndose ella en “su lectura”. Recordemos las frases de la madre: “*Yo leía y como ella no podía ver 7V ni leer entonces murmuraba*”.

Desamparo y soledad que suponemos remite a Andrea a otros desamparos y soledades más precoces. No puede protestar, no dejar leer a su madre, molestar. Se aísla y murmura.

Una forma de anular, re-negar la separación (R. Gaddini). Este murmurar cumpliría con *dos funciones* hablar y ser hablada. Ella es ella y el otro que *está ausente estando presente -y esto es lo grave del abandono materna* Está físicamente, pero no está para Andrea. No puede haber estado tampoco cuando la amamantaba o sostenía. *La madre lloraba*, dice el padre y *Andrea lloraba*, dice la madre.

Indiscriminación de desamparos y llantos que remiten ala propia historia de esta madre (que voy a omitir). Luego será *indiscriminación de silencios*.

Narcisismo fallante el de la madre que no inviste ni narcisística ni libidinalmente a Andrea. Ella envió, quizás, precozmente investiduras a la madre que “rebotaron” y vuelven a ella no sólo como “angustias no metabolizadas” sino como *carencia*, como *vacío*. Este vacío puede llenarse de representaciones primitivas muy persecutorias. Sólo puede, como defensa, recurrir a refugiarse en su propio narcisismo o *en uno muy precoz que es de las das*.

Andrea se refugia en su mundo, que como el de “J.K.” vive como en un «pozo del que no se puede salir -el mundo de la fantasía”. De esta forma maneja omnipotente al objeto y la ausencia del mismo es desmentida.

Para Winnicott el canturreo del bebé es un objeto transicional. En un trabajo anterior yo planteaba que el vacío y las vivencias de desamparo podían, confundidas con la angustia de castración, ser desmentidas a través de la creación de un fetiche.

Toda creación supone haber perdido algo antes, cuando esta pérdida es demasiado dolorosa quizás se pueda recurrir a mecanismos extremos como el de Andrea.

El murmurar puede así tener el sentido, no de un objeto transicional como lo plantea Winnicott, sino de un *objeto fetiche* (Prego). Objeto fetiche muy especial, que la sostiene, *desmiente la pérdida del objeto, la unidad narcisista rota*.

¿Cuál de las dos lloraba? Esto al mismo tiempo la aleja de la realidad y la sumerge en la locura.

Greenacre expresa que el niño puede, como resolución a las vicisitudes de fallas en la constitución de su self y de la completud de su self, crear un objeto fetiche.

Recordamos lo que los padres de Andrea dijeron a Prego y lo que éste pensó sobre el conejo de peluche de Andrea. Recordemos también que los padres se lo intentaron sacar, cambiar por un muñeco de tela y que al final se perdió. No se puede perder el *murmurar*. Le pertenece, al mismo tiempo este murmurar es ella y es el otro, pero, a diferencia del conejo, ha. Perdido la transicionalidad hacia una realidad compartida. No está en el mundo de los fenómenos transicionales. Está en un mundo no-compartible.

A pesar de que Greenacre postula que el objeto fetiche compensa al niño en términos de *completad y continuidad*, Andrea nos muestra (sí éste fuera el significado) descarnadamente, *sólo el relleno transitorio de un vacío*.

Esta situación, estas fallas originadas en sus primeras relaciones y por consiguiente en las primeras manifestaciones de su desarrollo afectivo, se trasladan al frágil ingreso al mundo estructurante del Edipo en el que Andrea trata de entrar. *Juego de cenicienta - príncipe*, pero, sobre todo, *madrstra y cenicienta*.

Comenta Prego sobre este Juego: “Veo la manifestación de una niña, emocionalmente muy pequeña, que se está debatiendo en la relación con dos madres: *una madre ambiente y una madre objeto*. La primera es a la que le corresponden las funciones de sostén y de manejo, la segunda es la que aporta lo requerido por las necesidades. La segunda puede atacarse, mientras que la primera deber ser cuidada.”

Prego piensa que: “Las fallas de estas etapas precocísimas en donde el gesto (del ambiente) vale más que las palabras (en cuanto a lo que se diga) llevarían a no lograr plenamente el estado “de unidad psiquisoma” que implica noción de objeto total y por consiguiente de un adentro con contenidos y de un afuera también con contenidos. Considero que en la primerísima fase de comunicación madre-bebé, de la palabra cuenta la melodía más que el contenido. *Es un diálogo gestual y melódico* No hay aun acceso al mundo simbólico del lenguaje.”

Andrea abandona el simbolismo del lenguaje para entrar en lo que, sin haber podido ser un *canturrear*, se convierte en *murmurar*.

Volviendo al inicio

Un intento de entender la sesión del cocodrilo

Andrea escucha las palabras de su madre. Andrea está desorganizándose.

Ríe sin motivo compartido. La madre me transmite esta “locura” sin ningún sentimiento de angustia. Parece haber transmitido algo nimio.

Logro comunicarme con Andrea y me responde el motivo de su risa: Kisifur. Yo no la entiendo (no conozco la serie de dibujitos), pienso en un neologismo. ¿Se rompe ahí la comunicación? Andrea me explica: se trata de ositos y cocodrilos y me pide el dibujo.

¿Qué desencadenó el terror?

El como-si perdido, roto *quizá antes por un mal encuentro con el otro* (conmigo, que no sé qué es Kisifur y la pienso “loca” a través de escuchar un neologismo que no es tal), hace del dibujo la cosa en sí misma.

¿Qué quería Andrea cuando grita “no! nena no!”?

Estas “cosas en sí mismas” (en sentido kantiano) es también lo que Bion denomina elementos Beta, que necesitan ser evacuados. Es la “basura mental” de Meltzer.

La evacuación comienza. Andrea escupe y grita: “puff! puff!”. *El cuerpo es el escenario de su ejecución.*

La función alfa fallante de Andrea. Mi miedo, impidiendo, inundada por identificación proyectiva, hacer uso de la mía.

Me siento mal. *También habla mi cuerpo.*

Sabemos que Bion dice que la angustia del niño es transformada por la función alfa de la madre quien devuelve esa angustia con “paz, solaz y comprensión”. La función alfa es la que promovería el desarrollo del niño normal y depende de la capacidad de “*rêverie*” de la madre.

Durante un momento, eterno en la sesión, esto se hizo imposible. No podía procesar la angustia de Andrea. -angustia paranoide que despertó en mí el mismo tipo de angustia. No podía pensar.

La identificación proyectiva masiva estaba en la base de mi invasión. Mi función metabolizadora fallante. Bion dice que en la psicosis la angustia de la madre también por identificación proyectiva hacia el hijo. Reverberación de la Psicosis. Andrea aumentaba su angustia.

Pero algo más había en mí, algo del orden de percibir eso “no humano”, animal y diabólico que Andrea me mostraba -en sus dientes, en sus ojos, en sus gestas- cuando logro percibirlo como representación mental (“El exorcista”), puedo empezar a percibir también l. parte humana de Andrea., -esa niña indefensa ante lo diabólico que la

invadía. Ha sido reconocida por mí.

El contacto arcaico -piel a piel- se produce y Andrea lo permite. Salimos del pánico de dos.

Evolución - Lo inexplicable

Andrea parece pasar por un período de “desmentalización”, (esencia para Meltzer del psiquismo autista) de suspensión de la vida mental. Digo parece, porque la evolución me demostrará lo contrario. Ella va a retener algo de lo sucedido en este período.

Abandona toda comunicación simbólica. Lenguaje y grafismo desaparecen (ver dibujos). Su gestualidad es mínima. Es como si sólo mantuviera las funciones vitales, come, duerme y emite monosílabos tales como: sí, no, vamos!, neologismos o alguna frase incoherente.

En esta etapa de Andrea pensé que vivía. ‘*eventos*» al decir de Meltzer, hechas aislados que no iban a poder ser recordados, diferente a lo que él llama “*experiencias*”.

Este vivir en ‘*eventos*» (sería comparable a procesos neurofisiológicos) no están marcados por el tiempo y no quedan en nuestra memoria ni alcanzan el status de recuerdos.

Así pensaba, que transcurrían los hechos para Andrea. Vivía psicóticamente. Trataba de establecer un vínculo que me permitiera rescatarla del lugar donde se habla sumergido. Había una muralla que lo impedía.

No sé lo que le decía en esa etapa. Sólo sé que le hablaba, la miraba y trataba de entenderla. Ella dibujaba celdas, panales o eslabones laberínticos (ver dibujos). ¿No habla comunicación?

La madre, de la cual no se separaba (luego del accidente) era otro “silencio” en la sesión.

Se sentaba al lado de Andrea y permanecía sin moverse ni hablar. No sé siquiera si oía algo de lo que yo le decía a Andrea., a veces a ambas.

El padre, con el cual entraba a veces, hablaba de cosas sin importancia y a Andrea como si ésta le respondiera, pidiéndole que contara hechos sucedidas en el hogar que terminaba contando él ajeno a la situación de la sesión, la hacía aún peor que el silencio materno.

En esta “desarticulación” de todos, yo podía ver a Andrea “refugiada” “estructurando” una *muralla autista* en la que a su vez Andrea quedaba *atrapada*. ¿Tratando de defenderse de representaciones arcaicas muy angustiantes?

Trabajaba *obsesivamente* en los “laberintos” en un afán quizás de adueñarse de la

realidad, de simbolizarla. Realidad amenazante y peligrosa que la lleva a apelar, también, al uso del “control obsesivo omnipotente” (Garbarino) para poder manejarla. ¿Se estaría restaurando algo de su yo en este obsesivo control?

No hay simbolismo real (el cocodrilo ‘es’) y en ese *hiatus* entre lo imaginarlo terrorífico (*pánico psicótico*) y la realidad se instala en Andrea la *organización autista*.

Yo estaba segura que habla ‘impresiones» como señala. Green (citado en un trabajo de Boschan) que no asumen, para este autor, como los eventos en Meltzer, la formación de Imágenes ni recuerdos. *Green sostiene que sólo el analista los puede transformar en secuencias pensables por medio de la traducción interna del material informe que luego formulará en palabras a su paciente.* Coincide con Meltzer sobre el concepto de “desmentalización” y con Bick sobre el concepto de estados ‘no integradas’ y con Winnicott sobre las modas de manifestación del “verdadero self”.

Para Green todos estos conceptos surgen a partir de la postulación de Freud sobre Represión Primaria. Apoyado en Freud para hablar de “inscripción” (carta 52) y en Bion para hablar de “Traducción” a través de la función *rêverie* y la teoría de las transformaciones que le permite incluir la idea de un *objeto que tolerando el dolor psíquico posibilite la transformación¹ de lo proyectado en algo pensable* y Green agrega *integrable*.

Lo informe del material que Andrea me ofrecía, necesitaba ser captado.

Green plantea que una adecuada conexión del analista con sus propios *estados Informes* es lo que permite captar las del paciente y que el trabajo contratransferencial que debe hacer para transformarlo en secuencias pensables suple la capacidad del paciente para hacerlo -y “*lo que el analista experimenta hasta ese momento como un trastorno pasa a ser un sentimiento de satisfacción*”. Es la *vivencia estética* descrita por Liberman “al lograr el analista integrar los núcleos autistas disociados”.

Yo pienso que este proceso se da a nivel inconsciente en el analista, yo no registré notas, y reconstruyendo el tiempo transcurrido tengo más recuerdos vivenciales que pensamientos. Cuando éstas están se refieren a hechos claves que pautaron los saltos en la evolución de Andrea.

Para que me ‘oyera’, o mejor para que sintiera mi presencia, comencé a tocarle la mano cuando le hablaba. Al principio la retiraba y amenazaba aparecer nuevamente algo de “lo diabólico”. Yo rompía su muralla a través de la piel y ella no lo toleraba. Insistí muy suavemente, pero insistí. Creo que alguna vez le dije que la prefería enojada

¹ La idea del analista (madre) como ‘Objeto transformador’ es una idea de C. Bollas que estamos trabajando en un grupo coordinado por Fanny Schkolnik.

a que estuviera tan, tan lejos de mí.

Los dibujos fueron cambiando, pero aún ella estaba “ausente”. De ellos hablaré meses después.

Comienza a hablar –a veces usando neologismos. Su aspecto sigue siendo de locura. La mayoría de las veces habla para gritarme “salí” y retirar su mano. Comienza a responderme alguna pregunta simple... para mi asombro un día me dice: “*por qué vos no te quedás callada como ella?* (la madre).

Yo me reí y suspiré y sentí ese placer de haber recuperado, más allá del sentido, el lenguaje perdido y lo hace para decir “por qué vos no te callás” y así atrapar el silencio de la madre y el de ella, que quiere entender en mi hablar.

Al mismo tiempo el dibujo que se iba recuperando se convierte en figuras humanas que se enlazan por las *manos* (lo que yo le tocaba) (ver dibujo). Gira la hoja y siguen figuras en las que un hilo une sus manos. Son muchas -pienso en la madre, alejada ahora ella de nosotras, y nos enlazo a las tres: hago que Andrea tome la mano de su madre (yo la coloco) con la otra la mía, y yo tomo también la de la madre. Esto lo repetiré muchas veces, en sucesivas sesiones.

Al tiempo Andrea comienza a entrar sola nuevamente. Recuperamos el Juego y vuelven como si nunca se hubieran ido Simón y Simona y también Semijadín, todas estas personajes de «nuestro mundo».

Hace poco me dirá, al hablar sobre los dibujos de esta etapa, refiriéndose al “laberinto o panal”:

‘Yo no sé lo que yo hacía, pero me acuerdo que vos me decías que había un gatito encerrado ahí, atrapado, que no podía salir’.

Creo no haberle dicho nunca eso a Andrea, por lo menos *con palabras*.

Actualmente Andrea cursa primer año escolar, el año, que parecía perdido, lo está terminando con un correcto acceso al aprendizaje de la lectoescritura y de las matemáticas. Juega con otros niños.

Ambas, madre e hija, han cambiado su aspecto y su modo de vincularse. La madre, durante este tiempo, ha mantenido entrevistas periódicas con un psicoanalista.

Bibliografía

- BAGATTINI, O. *Clínica y psicopatología del autismo y las psicosis Infantiles EPPAL*, 1990.
- BION, W. *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós, Barcelona-Buenos Aires, 1979.
- BOSCHAN, P. *Dependencia y resistencias narcisísticas en el proceso psicoanalista*. Revista de Psicoanálisis, 1986.
- CASAS DE PEREDA, M. *Algunas reflexiones sobre la teoría de la técnica en análisis de niños*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 64, 1986.
- GADDINI, R. *Determinantes precoces del self y de la constancia objetal*. Entrega personal.
- GARBARINO, H. *Consideraciones sobre el mundo inanimado del esquizofrénico*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 1970.
- MEDICI DE STEINER, O. *Peculiaridades del autismo y postautismo*. En: *Clínica y psicopatología del autismo y las psicosis Infantiles*. EPPAL, 1990.
- MELTZER, D. *Exploración del autismo*. Paidós, Barcelona-Buenos Aires, 1984.
- MENDILAHARSU, O.; BAGATTINI, O. *En relación al pensamiento de Bion*. En: *Clínica y psicopatología del autismo y las psicosis infantiles*. EPPAL, 1990.
- PREGO, LUIS E. *Algunas consideraciones sobre psicosis Infantil*. En: *Clínica y psicopatología del autismo y las psicosis infantiles*. EPPAL, 1990. Comunicaciones personales.
- ROSENFELD, H. *Estados psicóticos*. Hormé, 1978.
- WINNICOTT, W. *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Laia, 1979.
- WINNICOTT, W. *Procesos de maduración en el niño*. Laia, 1975.